

Rafael de nuestra esperanza

Les confieso que no sabía si glosarles la efemérides de hace 48 años, tal día como hoy, en que se produjo en Hendaya el mítico encuentro entre Franco y Hitler a bordo de un vagón de tren, muy novelesco pero que ya no se estila. Entonces no había ningún Sarkozy al quite, ni ningún intrépido Garzón que se atreviera. O tal vez, deparar en las secuelas que estamos padeciendo por el paro del poder judicial y su falta de medios, para realizar el trabajo que la sociedad les demanda. Pero, aquí en la capital de la Mezquita, lo que la actualidad demanda es la fiesta del Arcángel Custodio. Fiestas familiares con el compadre Rafalito, visitas devotas al Juramento, y encuentro con tradiciones y creencias, ahora que las identidades están tan a flor de piel. Somos unos privilegiados los cordobeses porque, verán, no todas las ciudades tienen un arcángel que haya bajado de la eternidad jurándole protección. Y no crean que fue por casualidad, por algo nos lo encomendó la divina providencia, que algo sabía de lo que nuestros paisanos iban a determinar con sus libres albedríos.

No les canso con cifras que encuentran a diario entre estas hojas, ni les pongo ejemplos que ya conocen. En el trasfondo, historias de desencuentros y zancadillas, de desidias y desdenes, mediocridades sectarias y localismos chovinistas que jalonan el devenir de una sociedad indolente, que se mira el ombligo en su autocomplacencia. Ya ven como se le multiplica el trabajo a este curandero de Dios, a este trapero de causas perdidas. Esto ya no lo arregla ni un Rey Melchor electo, ni un pleno extraordinario. Necesitamos no de clones, por favor, sino que requerimos de un remedio milagroso y salvífico, que neutralice la anestesia y la catarsis colectiva, y nos devuelva el fervor por el hombre, la confianza en nuestras múltiples posibilidades y magníficos talentos.

Escúchanos, Rafael bendito, desde la atalaya de todos esos triunfos que levantaron nuestros mayores y que acompañan nuestro quehacer cotidiano. Óyenos, cuando se apague el bullicio de los peroles y sólo queden los rescoldos silentes de un pasado grandioso y un futuro incierto. Cúranos de nuestras cegueras individuales y grupales, para que veamos no aquello que nos da el bienestar momentáneo, sino lo que nos hace felices de verdad. Protégenos de las pestes y epidemias de avaricias y fundamentalismos. Y ruega por nosotros, en esta hora de la historia, la de cada uno, para que la escribamos desde la generosidad personal y el compromiso con una sociedad más justa.

Francisco García-Calabrés Cobo

